

Sobre la literatura y los efectos de la palabra

Historias para el desayuno

Reinaldo Spitaletta

Resumen

Había una señora que cuando no tenía más para sus hijos, les daba historias al desayuno. Por medio de anécdotas como ésta, el autor rescata el poder mágico de la palabra. En una reflexión que pasa por los hábitos de lectura y la literatura misma, y termina con una consideración acerca de lo nocivo que se ha vuelto el exceso de la información en la modernidad. Además, sugiere que con la literatura es posible sacar al hombre de la desinformación que vive en tiempos de la globalización.

Palabras claves: lectura, literatura, palabra, información, periodista, narración.

Abstract

Once upon a time there was a lady that when not having any food to give to her children she gave them stories for breakfast. Through stories as this, the author recuperates the magic power of words. He reflects on the habits of reading as well as on literature and makes a consideration of how harmful is the excess of information in modern time. Besides, he suggests that through literature it is possible to rescue man from the misinformation he is living in times of globalization.

Key words: reading, literature, word, information, journalist, narration.

1. Obertura con reminiscencias de "Las mil y una noches"

Las palabras crean las cosas, declaró hace ya bastantes siglos el filósofo judío Filón de Alejandría, para dejarnos una constancia de que existe y perdurará una herramienta que, usada con eficacia, le sirve a la memoria y a la imaginación. Igual podría decir Juan el Evangelista, que asimila el verbo con Dios, lo coloca en el origen, o sea, le da a la palabra un poder creador y también transformador.

Tantos numerosos mundos se han creado gracias a la palabra. Las cosas comienzan a existir cuando se nombran, cuando alguien como si fuera un brujo pronuncia sus conjuros y les da vida y les asigna un lugar sobre la tierra. Cuando, amarradas, hilvanadas una tras otra, ese hechicero o chamán válido de las palabras es capaz de decir "hágase la luz" y entonces todo se ilumina, cuando, tejiendo historias, va contando las gestas de los hombres, sus miserias, sus debilidades y desamparos. Así, hasta llegar a convertir la palabra en un proverbial elemento de salvación de la existencia, tal cual le ocurrió a Scheerezada, la fascinante narradora de *Las mil y una noches*.

La primera experiencia del lenguaje, y más que de éste, de la lectura, está ligada a la infancia. Les voy a relatar un caso que conocí hace bastantes años en Bello. Había en un barrio una familia conformada por

una señora, rubia y regordeta, y cuatro muchachos. La dama tenía grandes facilidades para la palabra. Cada mañana, reunía a sus hijos y, antes del desayuno, les empezaba a narrar historias, unas inventadas por ella sobre la marcha y que podían tratar de viajes a regiones remotas y desconocidas, otras acerca de lo que ella había soñado la noche anterior. Los sentaba a la mesa del comedor, el ritual era absolutamente maravilloso, porque los atrapaba con sus "érase una vez", con fábulas en las que indiscriminadamente revolvía las de Esopo con las de Samaniego, las de La Fontaine con las de Pombo, y cuando no eran éstas, entonces les recitaba poemas de autores que nadie más conocía. Era seguramente poesía de esa que hoy nadie cita ni se acuerda, de aquella que puede corresponder a malos poetas, o a poetas populares y folclóricos, y que ella se aprendía de memoria en los folletos que vendían en la Cacharrería La Campana, de Medellín, y que se llamaban algo así como El Parnaso. El cuento es que esa señora era como una hechicera, porque hipnotizaba a esos pelados en las mañanas a punta de verbo. A veces lo hacía como una táctica de supervivencia: no había qué darles de desayuno y entonces los mantenía a base de mundos imaginarios, de menús que poco los engordaban pero les hacían crecer la imaginación, les alimentaban su vida espiritual. Sobra decir que a mí siempre me parecieron bastante flacos aquellos muchachos.

En esa casa, en la que algunas veces fui invitado, no vi jamás un libro o tal vez ella los mantenía muy bien guardados, pero parece que no había necesidad de libros, porque ella, en sí misma, era uno, un libro oral, que es, como ustedes saben, la primera forma que tuvo el libro en la historia.

Aquellos muchachos siempre parecían felices. Ellos, a su vez, en las reuniones de acera, en las esquinas atardecidas, en las veladas sobre el asfalto, nos contaban ampliadas y corregidas esas historias. Nos mantenían en vilo y casi sin parpadear durante horas. Reproducían, tal vez sin saberlo, viejos tiempos en los cuales no había ni cine ni televisión y las gentes se congregaban a conversar o a leer para derrotar el tedio, para protegerse de las pestes, como pasa en El Decamerón, para realizar ejercicios de la inteligencia o simplemente para pasar el tiempo.

Uno de esos muchachos, que era el más dotado para la narración oral, nos empezó a contar historias orientales, nos puso a navegar en los mares de Simbad, nos metió en cuevas de ladrones, nos hizo imaginar genios atrapados en lámparas. Y después nos dijo que todo eso lo sacaba no de las palabras matinales de su mamá, sino de un libro que no supo explicar cómo apareció en su casa: *Las mil y una noches*. Todos nosotros nos enamoramos de aquella obra y él la fue rotando entre todos. Digamos que al resto de aquella gallada nos benefició, primero, la señora rubia que se despertaba con relatos en la boca, y, después, las de esos herederos suyos. Pero lo clave es que pudimos entrar en el mundo del libro, de la lectura, gracias a aquella situación que hoy todavía me parece inverosímil. Y así, la lectura en aquellos años juveniles era algo tan apasionante, y casi tan cotidiano, como los partidos de fútbol en la calle y en las mangas, como las salidas a los charcos, como ir a elevar cometas o a robar naranjas y mangos en las fincas de Bello, como las entradas a matinée, vespertina y noche en los cines, o como escribirle esquelas de amor a cualquier muchacha de barrio.

2. De Tarzán a Julio Verne

Las experiencias con el lenguaje en la infancia y la adolescencia son definitivas en el camino hacia lo que se ha llamado el conocimiento, tanto del mundo exterior como el de los fueros internos. Y esa experiencia enriquecedora de estar en contacto con el entorno, con el paisaje, con la realidad, aumenta con la relación con la lectura. Hay gente que ha quedado marcada, para bien o para mal, al entablar en esas etapas un acercamiento a los libros, a las historias, a las ficciones. Uno de ellos, entre tantos, puede ser Marcel Proust, tal como lo confiesa en su texto "Sobre la lectura".

Para él quizá no hubo días de su infancia más plenamente vividos que aquellos que pasó con un libro favorito. Muchos otros se iniciaron en esa experiencia con los relatos de Marcial Lafuente Estefanía, ese

español que escribió más de quinientos libros sobre aventuras en el Oeste americano, sin jamás haber estado por esas geografías; o con las aventuras de Emilio Salgari, de Walter Scott, los relatos de Edgar Allan Poe, o, por qué no, con esos cuentos de los Hermanos Grimm. A algunos otros les pasó que su primera relación con la lectura la tuvieron

con las revistas de historietas, con los vuelos en bejuco de Tarzán o las viñetas de los superhéroes. En todo caso, hay quienes se entusiasmaron con los hijos del capitán Grant, los horrores que producía la vista de un calamar gigante en las profundidades del mar y con otras invenciones de Verne. Que cada lector que en el mundo ha sido, tendrá sus propias experiencias inolvidables.

Sobre la lectura se han escrito centenares de discursos en los cuales se encuentran los que la colocan como una mera diversión, los que la consideran un camino clave hacia formas superiores de conocimiento, los que la califican de experiencia formadora o deformadora, según el caso. También los que anuncian que la lectura es capaz de transformar al ser humano. Se ha llegado a decir que el hombre es lo que lee.

Ahora, cuando mencionaba aquella extraña familia de Bello, se me olvidó relacionar que, para ella, la imaginación cumplía un importante papel. Para nosotros hoy en día esa categoría, si así pudiera llamarse, la imaginación está más del lado de los sueños, las ficciones, los delirios, las alucinaciones y otras cosas que pueden ser muy nebulosas. Para los hombres de hace muchos siglos, la imaginación, en cambio, era un medio fundamental para conocer y se pensaba que el hombre sin imaginación no podía comprender ni penetrar en las cosas. Estaba ligada también a la capacidad productiva del lenguaje, y en ese sentido era capaz de producir realidades. Las mitologías, por ejemplo, son una manera de explicar el mundo desde la imaginación. Muchas cosas que hoy existen fueron primero soñadas por algunos que, a lo mejor, fueron en su momento calificados de locos, utopistas, de gente delirante que no tenía los pies en la tierra.

En los discursos sobre la lectura también hay metáforas, como las que tratan de ella como una medicina para el alma, o una forma de viajar, o las que creen que el texto es portador de una especie de ánima o de un espíritu que puede penetrar en uno y

Las experiencias con el lenguaje en la infancia y la adolescencia son definitivas en el camino hacia lo que se ha llamado el conocimiento, tanto del mundo exterior como el de los fueros internos.

transformarlo, poseerlo, convertirlo en un monstruo o en un ángel, qué sé yo. Por eso, quizá, hay lecturas que en la historia se han considerado peligrosas y sobre las cuales se tiende un manto de censura y prohibición. Y otras que se recomiendan, porque beatifican, porque tienen el poder de apaciguar o, según desde donde se les mire, de subvertir.

Un tratadista de estos temas, el español Jorge Larrosa, decía en una entrevista que “escribir y leer es como sumergirse en un abismo, en el que creemos haber descubierto objetos maravillosos. Cuando volvemos a la superficie sólo traemos piedras comunes y trozos de vidrio y algo así como una inquietud nueva en la mirada. Lo escrito –y lo leído– no es sino la traza visible y siempre decepcionante de una aventura que, al fin, se ha revelado imposible. Y sin embargo, hemos vuelto transformados. Nuestros ojos han aprendido una nueva insatisfacción y no se acostumbran ya a la falta de brillo y de misterio de lo que se nos ofrece a la luz del día. Pero algo en nuestro pecho nos dice que, en la profundidad, aún relumbra, inmutable y desconocido, el tesoro”.

Eso me hace acordar de unas palabras de Gonzalo Arango cuando decía que lo importante, lo apasionante, en el camino del conocimiento, no es encontrar el tesoro sino buscarlo.

3. El poder transformador del verbo

Al principio de estas notas hice una breve recordación de Filón de Alejandría, porque él les da a las palabras unas facultades creadoras. Dentro de ese mundo fascinante uno encuentra que al verbo también se le ha atribuido un poder mágico, que puede tener intenciones malignas o curativas, según el caso. Los brujos están asociados a que son capaces de pronunciar conjuros y subvertir con ellos la realidad. Lo pueden convertir a uno en un sapo o, por qué no, en un príncipe encantador. Con las palabras se construyen ensalmos o conjuros que pueden tener efectos terapéuticos o curativos, o de protección. Cuánta gente no guarda en sus bolsillos y carteras oraciones o plegarias para que los preserve de los malos espíritus, y de otras cosas no tan espirituales como los ladrones y los criminales. La poesía, por ejemplo, también puede tener ese poder de despertarlo a uno, de estremecerlo, de hacerlo sentir que es humano, que está lleno de contradicciones y de espacios desconocidos.

Estos usos de la palabra son muy antiguos y se pueden remontar a sociedades primitivas. En la llamada antigüedad clásica la palabra tiene el poder de ordenar, persuadir y gobernar la realidad, hay una gran preocupación por ella, por sus virtudes y sus peligros. Ahí es donde surge el poder del libro, de otorgarle atributos de salud espiritual o, por el contrario, de mensajeros peligrosos que hay que controlar en su circulación. En la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, hay un monje ciego que

envenena las hojas de un libro que, según él, es moral y espiritualmente mortal, y sobre el cual hay un veto para que se lea. Es la “Poética de Aristóteles”.

Para Proust, por ejemplo, en su ya citado escrito “Sobre la lectura”, ésta puede tener efectos curativos, en ciertos casos patológicos, en las depresiones del espíritu. “Mientras la lectura –dice el escritor francés– sea para nosotros la iniciadora cuyas llaves mágicas nos abren en nuestro interior las puertas de estancias a las que no hubiéramos sabido llegar solos, su papel en nuestra vida es saludable”.

Entonces a la palabra, pero en especial a la lectura, se le han atribuido efectos médicos, como cuando un chamán pronuncia sus oraciones para curar a su paciente. Pero también se le arrogan propiedades pedagógicas. Esto más que todo se puede ver en las lecturas literarias, filosóficas, antropológicas. En la obra de Proust la formación pasa por un aprendizaje de la justa lectura de uno mismo y del mundo en la frecuentación de los libros.

Para ilustrar un poco la lectura o los libros vistos como veneno, como un peligro para la salud mental, para la moral y todo lo demás que el poder considera dañino, quiero recordar una historia que recogí en mis tiempos de reportero. Sucedió en Jericó, Antioquia. La titulé “La lectora de Vargas Vila”. El nombre real de los personajes se ha cambiado:

“Le tomó amor a Vargas Vila porque su padre le había prohibido la lectura de ese autor de ‘panfletos y blasfemias’. Aleida, en la penumbra del cuarto, debajo de las cobijas, desfundaba (los mantenía también dentro de la funda de la almohada) el *Ibis* y comenzaba a leer: ‘Teme al Amor como a la Muerte. Él es la muerte misma. Por él nacemos y por él morimos...’ y así hasta quedarse dormida, el libro en el suelo, las piernas entreabiertas, bocarriba, en la cara toda la placidez de una chica que carece de desamparos.

Aleida se fue enamorando, sin prisa y sin darse cuenta, de las creaciones del trashumante escritor. Urdió mecanismos clandestinos para burlar a su padre: escondía las obras en los zarzos, debajo de los cafetales, debajo de las tablillas del piso, en los colchones. Estaba arrebatada por la literatura de Vargas Vila. No podía pasar una noche sin siquiera leer un parrafito de *Ante los Bárbaros*, o de *Flor de fango*, o de *Los césares de la decadencia*, en fin, que ella ya se había vuelto experta en ese lenguaje fuerte y florido, en los discursos del autor, en sus diatribas contra el poder. Aleida estaba obnubilada. Aprendió en esas páginas ocultas una suerte de rebeldía, que, sin embargo, no le había permitido aún ir en contra de la autoridad eclesiás-

tica. En efecto, iba a misa, rezaba, y en lo más íntimo de su alma impetraba perdón por el pecado de leer a un autor prohibido, anticlerical, odioso para muchos, detestado por el progenitor de ella, que una noche la descubrió absorta en la lectura de *Las rosas de la tarde* y la castigó; primero, escondiéndole el libro y, luego, obligándola a dormir en el corredor para que sintiera el flagelo del frío y de los mosquitos. Pero ni así pudo disminuirle los afectos por el señor Vargas. Por el contrario, aumentó su pasión por conocer más obras, que no eran de fácil consecución. No estaban, desde luego, en la biblioteca del pueblo, ni en ninguna parte.

Al llegar una Semana Santa, Aleida, sumida en la desesperación, y sintiendo la culpa de haber violado la autoridad de su padre, decidió confesarse.

—Padre, reverendo padre. Me acuso de haber leído a Vargas Vila.

El sacerdote enrojeció de ira, pero se contuvo. Y dijo, con voz suave:

—Hija, para que seas perdonada no podrás leer más a ese autor. Te lo prohíbo terminantemente.

Aleida llegó a su casa con la tristeza en todo el cuerpo y alborotadas las ganas de volver a sus obras de tabú. Entonces diseñó una táctica que no la arrojara sobre las brazas del pecado. Llamó por la tardecita a Emma, su sirvienta, y le dijo, con un susurro en el oído: ‘Necesito que vos me leáis este libro en voz alta’.

De ese modo, Aleida se salvó de incurrir en ‘faltas contra la moral’ y de pecar contra Dios, y continuó disfrutando por mucho tiempo de los libros del ‘infame injuriador’.

4. ¿Es inútil la literatura?

Se ha discutido mucho acerca de cuál es el valor de la literatura en general, si le aporta al hombre, si lo hace distinto. Algunos han declarado la abierta inutilidad de la literatura y, en general, del arte. Aducen que no pasa nada si uno lee el Quijote o a Shakespeare o *Cien años de soledad*, ni tampoco si ve a la *Monna Lisa* o a una gorda de Botero.

También se ha discutido acerca de si la experiencia literaria, de si la lectura de novelas, cuentos, poemas, dramas, contribuye a la perfección moral de los hombres y de la sociedad. Es decir, se le busca una utilidad moral. Pero lo que se sabe es que la literatura, al tratar de la condición humana, al escudriñar en lo más íntimo del hombre y en sus acciones, es capaz de ofrecer, de mostrar, tanto lo hermoso como la

parte monstruosa del hombre, y no debe someterse a ninguna servidumbre, a ninguna atadura moral. Por eso, cuando se observa solamente la posibilidad de un examen de esa naturaleza a la literatura, a su lectura, se camina sobre la arena movediza de las censuras y las inquisiciones. En la historia de los pueblos, pasando por la antigüedad, el índice eclesiástico, las quemas de libros, la macartización, por las exclusiones educativas de los libros denominados perversos, la literatura ha sido juzgada por sus efectos morales, más que por sus virtudes estéticas o de otra clase.

Pero también está la otra posición que afirma que la literatura, lo puede salvar a uno de la ignorancia, de la insensibilidad, de la marginación. Es decir, se la coloca como una especie de redentora. La literatura, en todo caso, al formar el espíritu, al contribuir con visiones inesperadas sobre lo humano, puede educar para la acción, para el desenvolvimiento de uno en la vida cotidiana.

Digamos entonces que cuando uno lee literatura, para no entrar en otros campos como la historia, la filosofía o la psicología, por ejemplo, debe pasarle algo, porque, de lo contrario, sería sí una inutilidad, o como se dice hoy en estas calendas de la velocidad, una pérdida de tiempo (cronofagia). Por eso, lo importante al leer no es lo que nosotros pensemos de un texto, de una novela o un poema, sino lo que desde el texto o contra el texto o a partir del texto podamos pensar de nosotros mismos. Dicen algunos que de lo que se trata al leer es de que a uno le pase algo, que después de haber recorrido páginas y páginas, uno sea otro.

Dice el gran crítico literario Harold Bloom que a la información tenemos acceso ilimitado, pero se pregunta dónde encontrar la sabiduría. “Si uno es afortunado —dice— se encontrará con un profesor particular que lo ayude; pero al cabo está solo y debe seguir adelante sin más mediaciones. Leer bien es uno de los mayores placeres que puede proporcionar la soledad, porque al menos, en mi experiencia, es el placer más curativo”. Miren cómo él insiste en los efectos terapéuticos de la lectura.

Pero leer parece ser más un destino trágico que un simple pasatiempo. No se trata de cubrir un programa de estudios ni de un ejercicio cultural, sino que leer debe ponernos en la picota de nuestra identidad, debe ponernos a pensar en lo que somos o en lo que no somos. Aquí, al respecto, quiero citar a Kafka:

“Si el libro que leemos no nos despierta como un puño que nos golpeará en el cráneo, ¿para qué leemos? ¿Para que nos haga felices? Dios mío, también seríamos felices si no tuviéramos libros, y podríamos, si fuera necesario, escribir nosotros mismos los libros que nos hagan felices. Pero lo que debemos tener es esos libros que se precipitan sobre nosotros como la mala suerte y que nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio. Un libro

debe ser como un pico de hielo que rompa el mar congelado que tenemos dentro”.

Aquí podemos ensayar otra inquietud. ¿Es el placer de la lectura más egoísta que social? Sí, probablemente sí, porque uno no puede mejorar la vida de otro o de nadie leyendo mejor o con más profundidad. Es uno al que le pasa o no le pasa nada cuando lee. Pero, a su vez, si recordamos a aquellos muchachos de Bello, uno ve que sí les pasó algo, que se enriquecieron en su vida cotidiana, que pudieron imaginar otros mundos, que el sueño se les amplió. De ahí que lo que realmente quiero significar es que sobre la literatura, sobre su lectura, hay posiciones muy contradictorias y es mejor que cada uno busque su camino particular, que lo vaya creando con base en experimentos, en enfrentar libros y más libros, con el peligro de que en esa búsqueda azarosa se le pueda secar el cerebro.

De paso, no sobra decir que tal vez la experiencia de la lectura no es la cantidad de libros leídos, sino el estado en que nos dejan. Aquí quisiera recordar unas frases de José Saramago, en su discurso de recepción del Nobel de Literatura: “El hombre más sabio que he conocido en la tierra no sabía leer ni escribir... Gente que tenía pena de irse de la vida sólo porque el mundo era bello, gente como mi abuelo Jerónimo, pastor y contador de historias, que al presentir que la muerte ya venía a buscarlo, se despidió de los árboles de su huerto uno por uno, abrazándolos y llorando porque ya no les volvería a ver”.

5. La imaginación al poder

En este punto es cuando uno dice, en medio del pesimismo, qué nos queda para contar, cuando la vida diaria nos muestra, nos certifica la capacidad del hombre para autodestruirse y destruir a los otros seres vivos de las maneras más diversas y perversas. Hoy, después de la Guerra Fría, nos quieren descerebrar globalmente con una combinación de tecnociencia y tecnomercado, nos quieren encasillar en un pensamiento único, nos quieren obligar a que aceptemos sin chistar las nuevas exclusiones y desigualdades sociales.

Hoy, en un mundo en que la información borra de un pantallazo los hechos de ayer, en los que también podemos asistir desde la casa, cómodamente sentados, a la presencia de un bombardeo en Afganistán o en Irak, o al derrumbamiento de las Torres Gemelas, paradójicamente estamos más alejados del conocimiento. No siempre demasiada información sobre un acontecimiento nos indica que sepamos qué es realmente lo que ocurrió. Centenares de miles de datos y estadísticas nos nublan la razón y no nos permiten pensar por nosotros mismos sobre los procesos, sobre las nuevas realidades geopolíticas. Más bien contribuyen a escondernos dentro de ese vendaval informativo las causas de las guerras, los nuevos negocios que con ella se montan, las ansias

de dominación de mercados por parte de una superpotencia.

Los chamanes modernos de los países avanzados, en los cuales están los empresarios, altos funcionarios internacionales, intelectuales mediáticos y periodistas de alto turmequé, ya no pronuncian ensalmos que posibiliten la cura espiritual de sus pacientes; con un lenguaje embozado, con una extraña jerigonza que nos hace parecer habitantes de una nueva Babel, hablan de mundialización, flexibilidad, gobernabilidad, nueva economía, multiculturalismo y otras etiquetas. Ya hay otras maneras de dominación. Ya hay otra “vulgata planetaria”, tan distinta, claro, a aquella de San Jerónimo. Ya se escondieron términos como capitalismo, clase social, explotación, dominación, imperialismo económico, a los cuales se les ha cobijado con un manto de obsolescencia. Quien hable de luchas sociales, de soberanía de los pueblos, es calificado de dinosaurio.

Decía Pierre Bourdieu que todos estos nuevos agentes transmisores, “escudándose en la ‘modernización’ piensan rehacer el mundo haciendo tabla rasa de conquistas sociales y económicas, producto de cien años de luchas sociales, actualmente presentadas como otros tantos arcaísmos”.

Hoy, más de una década después de la mermelada de Fukuyama, se habla del final de la historia y la muerte de las ideologías, pero para ocultar precisamente que muchos pueblos del mundo son víctimas de las operaciones del Fondo Monetario, del Banco Mundial y por supuesto de las políticas de Estados Unidos. Se trata de una nueva colonización mental. Hoy el movimiento obrero está atomizado, los sindicatos son reemplazados por organizaciones no gubernamentales y los medios de comunicación son los que eligen candidatos y presidentes.

Pero, ante todo esta avalancha informativa, ante las nuevas estratagemas del imperio, qué le queda a la literatura, cuál es su papel en esta etapa. Qué les dejarán a las nuevas generaciones, cuál será su testimonio de un tiempo de oscuridad. Tal vez surjan —como han surgido— nuevos autores rebeldes, que expresen su humanismo, que se deshagan de su tedio y de su egoísmo, como lo expresara Günter Grass, y decidan enfrentar la realidad, no sólo con palabras de esperanza, sino, sobre todo, con palabras de combate.

No sé si ahora existan señoras que reúnan a sus hijos para contarles historias y sueños. Parece como si el mundo con su reino de las comunicaciones y la información hubiera asesinado la imaginación y nos hubiéramos convertidos en zombies, en simples consumidores de noticias. Por eso, es una antigualla, un anacronismo, recordar ahora a una señora rubia y regordeta que cada mañana se transformaba en Sherezada no sólo para salvar su existencia sino para convertir en leche materna sus palabras. ■